



Referentes...

Oficio de vagabundo

José Martínez Sánchez*

El farmacéuta miró por encima del hombro del vagabundo al muchacho que pedaleaba su bicicleta en la rotonda de la estatua del parque. El recién llegado sacó un billete del bolsillo del pantalón y lo alisó con la palma sobre el raso de la vitrina. Entre el viento rápido de la memoria y la casilla vacante a un lado de la hilera de medicamentos, vislumbró al yo-distante frente al escritorio del sacerdote doblado en firmas a registros de bautismo del día prematuro.

Cascahusos lo visitó el sábado en la tarde. Era lunes y una simple señal bastaría para dar cumplimiento a la delegación concertada. El sacerdote le concedió el turno luego de agotar el vaso de jugo de toronja preparado por la asistente a las nueve menos cinco.

—¿Trajo el encargo?

—En tapa dura —dijo Cascahusos—. Como le decía, el autor dedica casi un capítulo a la historia de la parroquia.

—¿Dice usted que el reverendo menciona mi nombre?

—Y el de quien cedió el terreno para la construcción de la iglesia.

—¡Vaya!

El sacerdote recibió el libro, leyó el título, el nombre del autor y el sello de la editorial en el extremo inferior de la página. Llevó la mano derecha al saquillo de la sotana, separó un billete de diez mil pesos y se lo entregó a Cascahuesos.

—Valía veinte mil —dijo el vagabundo.

—Los curas pagan menos del valor de las cosas —dijo el farmacéuta.

—Es un riesgo —el vagabundo retiró tres monedas individuales de encima de la vitrina. De agua en agua aromatizada, el prosista de la monografía llevaba media hora simulando entender las indicaciones del revisor de textos. Vade Retro revolvió el montón de hojas a la luz de la tarde, bajo la palmera, junto a la pileta de los mártires. Briznas al azar le mojaban el rostro, afirmó la espalda en el reverso de la raíz y calibró la calidad de la escritura. Mala sintaxis. Adjetivos bombásticos hacían de los prohombres del municipio figuras irreales.

—Le indiqué un par de normas de la academia —dijo el vagabundo.

—¿Por qué tanto adjetivo? —preguntó el farmacéuta.

—Por dinero —dijo el vagabundo—. La aspiración muchos poetas y troyanos.

Otro era el caso del yo-distante en Sacramento. Algunos lo llamaban Chachafruto por el sonido de la palabra. En Sacramento habían programado una lectura de

poemas en salas concertadas. De Chachafruto conocían su indumentaria, el desenfado de ir con un sombrero rojo, unas gafas de marco sintético y un capote ajado por el abuso. La modalidad del poeta desaliñado se había difundido por la comarca como el gusano de seda. Una estrecha relación entre la enfermedad y la estética, entre la imagen de Cristo crucificado y la metáfora atrapada en la calle de los lamentos.

—Así andaba el vate Barba Jacob por tierras de Centroamérica —dijo el farmacéuta.

—Y el poeta de Flores Negras en garitos bogotanos —dijo el vagabundo.

Chachafruto terminó la lectura a las primeras nueve horas del cronógrafo. Lucho Fonegra, funcionario de la alcaldía, lo invitó a visitar a un amigo cerca al aeropuerto. Vivía en lo alto de una colina, donde construyó un castillo de bambú y cedro complaciente. Continuator de la piara de Epicuro, el buey salvaje tuvo la buena fortuna de fabricar la estantería y mantener la biblioteca alejada de los hocicos del vecindario, numéricos en conexión con los tratados de filosofía. Chachafruto habría querido ensayar ese estilo de vida. Se agachó a curiosear los viejos tomos empastados y encajó un ejemplar de su único libro entre Las Mil y Una Noches y el Diccionario Infernal. A Fonegra le pareció que al confiable le faltaba una poca de vino blanco traído de Chile. De regreso a Sacramento, recostado al asiento postrimero del auto, el buey salvaje alegó una pérdida inexcusable de sentido. Proyectaba aplicar algunos principios sibaritas a la nueva situación, y en casa no tenía siquiera una gota de vino.

—Diga si no hay gente rara en Sacramento —dijo el farmaceuta.

—A partir de la fecha Fonegra le envía cada mes una caja de cortesía —dijo el vagabundo.

—Le premian el descuido —agregó el farmaceuta —, así es en este país de puercos.

Arrimó un vaso de agua al borde del escaque de vidrio. Variar de nombres o de motes, pensaba el yo-distante con los ojos en la casilla vacía, ¿destino o presunción? El copista se las vería de sol a sol para terminar el inventario: El Tuerto, Vade Retro, George Sand, Cahchafruto...

—Ese muchacho va a sufrir un grave accidente —dijo el farmaceuta.

El vagabundo giró la cabeza hacia la calzada del parque, no muy ancha. El ciclista cruzaba a todo dar por entre dos vallados de amaranto. Un bebé repentino provocaría el desastre del siglo en ese pueblo minúsculo.

—Parece un poeta de los pedales —dijo el vagabundo.

Rasgó el estuche de la pasta lechosa, volcó los fragmentos en el vaso y aguardó la última vuelta de las ruedas a través del amaranto. No renunciaba a la casilla disponible. Extrajo su único libro del capote arrugado y se lo entregó al farmaceuta.

—Vale veinte mil pesos —indicó el lugar ocioso en la pared—. Un lector atento puede llegar a duplicar el precio.

El chico suspendió los círculos del jardín. Fue, plantó la bicicleta junto a la acera y entró a tomar una botella de refresco químico del refrigerador.

—Dígame una cosa —dijo el farmaceuta sin reparar en la maniobra del ciclista—
, ¿no cree que es hora de hacerse a un buen seudónimo para su obra?

—Es una táctica de supervivencia —dijo el vagabundo.

Desapareció bajo los lampos solares con la panza empapuzada de burbujas.

*José Martínez Sánchez nació en Aguadas, departamento de Caldas, Colombia, en 1955. Poeta, narrador y ensayista. Premiado y seleccionado en varios concursos nacionales de cuento. Premio nacional de cuento Fundación Testimonio (1984), premio nacional de Literatura Infantil (1990), mención de honor en el certamen internacional de cuento del Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York (1998). Primer finalista en el premio nacional de libros de cuento Cámara de Comercio de Medellín (2015) y primer finalista en la Bienal Internacional de novela José Eustasio Rivera (2016). Ha sido colaborador en diferentes revistas y suplementos literarios del país y del exterior. Autor de los libros **Alguien ahí en la oscuridad** y otras trece narraciones (Editorial Universidad de Antioquia, 2003), **Palabras del apóstata** (Poesía, 2006), **Parvulario de naufrago** (Poesía, Editorial Caza de Libros, Ibagué, 2010). **Informe de cordillera** (Cuentos 1983-2008, Ediciones Cátedra Pedagógica, Bogotá, 2014). **Un adiós para Silvana** (Novela, Collage Editores, Bogotá, 2014). Incluido en las antologías mexicanas **Abrevadero de dinosaurios y Alas de lluvia**, preparadas por Eduardo Villegas Guevara. En el 2009, Buenos Aires, Argentina, aparece su libro **Opiniones de un fumador de cebolla** y otros anarcocorrelatos.

